

ALEJANDRA FENOCHIO

FLORES SILVESTRES

Galería Nora Fisch

Nivel PB y -1

9 de septiembre al 19 de noviembre, 2022

El retrato es una ronda

Notas preliminares para abrazar la intensidad de la pintura de Alejandra Fenchio¹
por Jimena Ferreiro

“Todxs querían conquistar el mundo”, me dijo Alejandra Fenchio mientras desplegaba la serie de retratos producidos en los 90 durante largas sesiones de pintura en compañía de sus amigxs. Por entonces Alejandra producía sin parar –un impulso desde la pintura que nunca abandonó– y bailaba tango en los espacios que mezclaban lo nuevo y lo viejo, el under y la cultura tradicional, el rock y la milonga. Recorría el circuito nocturno porteño que dibujaba el Parakultural, el Dorado, el Canning, la Age of Communication, Nave Jungla, Zapatos Rojos y Ave Porco: lo mejor de la contracultura de los 80 proyectada en una nueva década. Nuevas formas de agenciamientos que buscaban conservar, como una militancia del amor, la desobediencia y el principio de libertad ineludible de lxs cuerpos. Por eso bailar, rockear, confundirse y abrazarse mientras inventaban un activismo *cuir* intuitivo y *avant la lettre*. La vida como experiencia festiva y carnavalesca; el vitalismo de los sótanos y el romance con los márgenes. Reinventar la juventud, la intensidad de lo cotidiano, sacarse la cabeza y procesar el trauma del exterminio.

No me daba cuenta que estaba haciendo una crónica de época

La marca “los años 90” es un prisma que hace foco tanto como deforma, como en un palimpsesto, la multiplicidad de fenómenos culturales producidos al fragor de una década tan fascinante como abismal; donde las obras hicieron síntoma, a su tiempo y extrañamente, de una cultura del excedente, la novedad, y la expansión del consumo.

Un poco más de una década –entre la hiperinflación de 1989 y el colapso total de 2001–, que impulsó transformaciones de matriz neoliberal articuladas por un liderazgo carismático, inéditamente mediático, entrampado en la fantasía de la globalidad.

Latitas de bebidas importadas, marcas desconocidas de cigarrillos, nuevos insumos tecnológicos (desde la cámara de video VHS con la que Bruzzone comenzó a registrarlo todo a partir de 1995 hasta las cámaras fotográficas que permitieron aproximar la fotografía a las prácticas contemporáneas), la posibilidad de viajar gracias a la paridad cambiaria y la importación china que fundaría los icónicos “Todo x \$2” e inundaría sus góndolas de surtidos plásticos.

Entre la resistencia y el acople –miméticamente y a contrapelo–, lo cierto es que los contrastes se evidencian cada vez que ponemos en circulación nuevos testimonios materiales que permiten desarticular la aparente unidad estilística que la crítica construyó en torno al canon de los 90. Otras visualidades, nuevas tácticas y un conjunto de obras, como las pinturas de Alejandra Fenchio, a la espera de un tiempo distinto que pueda mirarlas, tal vez por primera vez.

La pintura es escarbar para afuera

La serie de retratos que presentamos en la nueva galería Nora Fisch se espejan en el mundo escénico, el varieté y la extravagancia. También en el lujo plebeyo del repertorio de productos en serie que poblaron los anaqueles del consumo masivo de los 90; y con el deseo de intimidad en medio del cambio cultural que desplazaría lo privado por la extroversión de las pantallas. “El retrato tiene eso de encerrarse a pintar con el otro”, es una

¹ Las frases que se incluyen en este texto son producto de extensos encuentros que compartí con Alejandra Fenchio en su taller de La Boca los días 20 de julio, 2, 12 y 30 de agosto de 2022.

conversación y una forma de escape; y son siempre deformes porque el tiempo se sedimenta en su superficie y las miradas se superponen en el devenir a la par.

Hay tantas décadas como personas que nos interpelan desde su experiencia; tantas memorias como itinerarios posibles trazados desde un otrx, y en eso estaba Alejandra, dejando testimonio activo de un cúmulo de subjetividades que poblaron su vida. Retratos en mutación, crónicas de época, diario en imágenes.

Me gustan especialmente estas pinturas porque son retablos de iconografía popular, altares de divinidades profanas ancladas en atributos que transforman la atmósfera hasta volverla su propia piel; y a su modo, plegarias para un tiempo que ya pasó.

Así es como Sol Bustelo es una diosa tropical y exuberante que se abre en flor como su cuerpo que danza y reposa. La Yaguareté exhibe su desnudez en medio del paisaje del Paraguay enmarcado por ajíes plásticos comprados en una tiendita del Once, que contornean una marquesina de fuego y pasión. Orge es un Buda del suburbio alimentado a base de su propia basura, y como una arqueología urbana, los cadáveres que lo adornan son el registro del paso del tiempo. Rodolfo San Gladiolo es esbelto y espiralado como la forma manierista que se contorsiona; húmedo y perfumado como las pieles sudorosas de las tierras calientes del norte. La López es acuosa y etérea, como sus sirenas, como el finisterre de donde viene, de océanos insondables y mitológicos.

Seedy es Pop, estridente, diseño *pucci*, *pattern* y taller de costura familiar, donde creció Alejandra. Mataco es Carla Morena, adornada con perlas y plumas, al desnudo y en tránsito, mirando al futuro que se parece mucho más a lo que alguna vez deseó. Marie es la jauría y el aquelarre, protectora animal, nómada y poderosa; y Lila es leve como su cuerpo que ya no está. Juntos, estos retratos, componen una erótica de la pintura: pulsión deseante e irrefrenable que marcó desde siempre el *tempo* de su obra. La clave es no parar nunca.

Un propio cielo

Alejandra Fenochio nació en 1962 en Munro en el contexto de una familia trabajadora y culta. Su padre era un hombre de oficios y políglota (un rasgo francamente excepcional para su tiempo), su madre era modista; y ambos compartían el gusto por la música clásica, el jazz y la lectura. Desde pequeña estudió arte en diferentes talleres y se educó, como la mayoría de lxs artistas de su generación, visitando los fascículos del Centro Editor de América Latina. El ADN contracultural también le llegó desde San Francisco, la mítica costa oeste de los EEUU, donde vivió entre 1991 y 1992 con Fernando. De regreso, asistió a clases de pintura con Yuyo Noé y conoció a León Ferrari, con quienes forjó una amistad de por vida. También a Alicia Herrero y Ana López, artistas y compañeras con quienes atravesó aquellos años marcando algunos contrapuntos con la escena mainstream que reproducía ciertas lógicas misóginas y algunos prejuicios ideológicos que apuntaban a las reivindicaciones de las izquierdas como retórica obsoleta. Buscó ampliar las redes y se vinculó con el colectivo Rozarte en Rosario en torno a 1993 y participó de la disruptiva Erotizarte en 1994, motorizada por Marta Dillon y Diego Ciardullo; pero antes había conocido a Pablo Suárez e incluso pintó su oreja para una exposición individual en el Recoleta en 1992, aunque el contacto no pasó de eso. Trabajó con María Moreno en el viejo Tiempo Argentino, fue ilustradora en Las 12 con la Dillon y en el Cronista comercial con Iglesias Brikles. En 1997 Adriana Lestido la retrató en plena tarea de parto y el resultado son algunas de las fotos más conmovedoras que vi en mi vida.

“La escena de los 90s para mí fue política, antimnemista, tango y criar hijxs”, resume mientras repasamos una vez más su itinerario en zigzag. La economía del tiempo fue otra para ella, así como sus alianzas artístico-afectivas; por ello el Rojas no fue una opción, a pesar de compartir la búsqueda de la belleza, como una epifanía, entre los objetos degradados. Por eso las pinturas se volvieron su propio contexto.

Pintar es suspender la vida por un rato

La pintura de Alejandra Fenochio es un acto de profanación de las formas atadas a la ley patriarcal porque es desobediente, mágica y contaminante. Alejandra tiene la capacidad de volver todo un sistema: su pintura es su taller, que es su casa y que transmuta en un jardín tropical en medio del barrio de La Boca. Cocina y pinta con deseo y los sentidos se confunden en ese vaivén. Alejandra es todos los géneros, como lo predijo su amigo Juan Chiesa, y así los pinta.²

La clave está siempre en los ojos porque cuando pinta lo hace atravesando lxs cuerpos y volviéndose una amalgama indivisible. El retrato habla tanto de quien posa como de quién lo hace. Es reversible, circular y nos envuelve como una ronda.

² Juan Chiesa “Río”, en *Alejandra Fenochio. Desbordes*, Buenos Aires, 2017, p. 128.